

El olor a salitre envolvió mis sentidos en cuanto entré en el pueblo, era su forma de darme la bienvenida. Había quitado el aire acondicionado y bajado las ventanillas. Me gustaba saludar a la gente al pasar y disfrutar del sonido de los carros cargados de pescado rodando sobre el empedrado.

La gente se había hecho mayor, algunos no me reconocían y a muchos no los conocía yo, aún así nos saludábamos. El tiempo había plateado las sienas de un pueblo condenado a la extinción. Muchos jóvenes habíamos emigrado en busca de nuevas oportunidades y sólo los mayores habían permanecido amarrados en las redes de los recuerdos. Mi madre me esperaba a la hora de comer.

- "A las dos en punto, sabes que si no me impaciento". Me repitió varias veces antes de colgar.

Cuando no estaba en la mar, mi padre siempre había dejado lo que tuviera entre manos para comer en familia. Después de su muerte mi madre seguía manteniendo la costumbre, "si algún día vuelve, vendrá con hambre". Había muerto hacía tres años pescando. Un temporal hundió su barco. Junto a él cinco compañeros.

Antes de llegar a casa pasé por la playa de las barcas. Me bajé del coche, me quité los zapatos y con parsimonia recorrí la arena hasta la vieja chalana. El tiempo, como había hecho con la gente y el pueblo, había dejado marcada su huella a fuego en la barca que mi padre utilizaba para distraerse durante sus días libres. Nadie más la había vuelto a usar.

- ¿Dónde estás? Ya son las dos.

- Ahora mismo llego mamá. Estoy en la playa.

Con cariño la abracé, parecería más pequeña y más cansada que la última vez, pero seguía teniendo un brillo pícaro en sus ojos. El verano empezaba. Nos sentamos a comer.